



DE LOS NUEVOS VARDULOS DE NUESTRA «NUMQUAM SUPERATA»

Por Boni OTEGUI

De unos años a esta parte cuando leo publicaciones y libros de nuestro país, vengo advirtiendo en los escritores una tendencia que para mí resulta halagüeña y esperanzadora. Una tendencia que intuitivamente iniciada por algunos «errikoxemes», va haciendo prosélitos y que hoy, afortunadamente, se acusa cada vez más entre nuestra gente de pluma. Se nota que es algo que ya no pueden soslayar y que lo mismo al tratar sobre personajes, paisajes, urbanización, industrias o lo que sea, se expresan englobando siempre en el concepto a una cantidad que poco a poco y merced a la voluntad de los que la integran, va dejando de ser solamente geográfica. Es algo que me atrevo a calificar como todo un movimiento, como un nuevo y alentador fenómeno que se está desarrollando entre nuestras gentes, y que antes de mucho creo va a tener necesidad de una definición.

Me refiero al GUIPUZCOANISMO. Un concepto que como viejo lo es tanto como nuestras historias de várdulos y de vascones y que allá en tiempos de las Juntas Generales tuvo una gran importancia—representaba la enseña de una bandera—... para los junteros. Una importancia que tenía sentido «oficial», además de muy «tradicional», y que solía servir para asegurar alianzas guerreras entre los municipios, contra el enemigo común—verdaderas repúblicas independientes en casos—y para dirimir a escala supralocal las querellas que entre sí armaban y liaban de continuo los propios municipios, pero que no servía para que las gentes de los pueblos pudieran unirse y entenderse. Hasta nuestras generaciones hemos podido constatar que cada pueblo, y hasta cada villorrio, ha venido manteniendo con

sus límites un trato basado en la rencilla y en la querrela, a pedradas, y que de los otros pueblos, de los de más lejos, casi no se tenía noticia.

Este problema, verdaderamente, no lo es solamente nuestro. Sabemos que en todos los lugares de la tierra se han desconocido los hermanos durante siglos, nada más que en razón de la distancia y la falta de medios de comunicación, pero creo que entre nosotros, además, reconociendo nuestra forma de ser, podríamos añadir para nuestro país otra razón: nuestro indudable sentir localista. Nos llaman nacionalistas cuando con mucha más propiedad podrían motejarnos de *localistas*.

Por lo vivido, sé del arraigo de este sentimiento entre los vascos y también sé, por lo evidente, que esta nuestra forma de ser no nos ha acarreado ningún beneficio. Sin embargo, si me atreviera a analizar esta parte de nuestro carácter, diría que, aunque parezca paradójico, se trata solamente del reflejo de una de las virtudes que más unánimemente nos atribuyen: nuestro culto y nuestra entrega por la AMISTAD.

Aclaremos. El vasco, acostumbra a tener trato y confianza totales con sus *amistades*, pero ocurre que el alcanzar esta categoría, para él no es cosa de dos días. Bajo esta premisa, no sería fácil el que un vasco de entonces tuviese demasiados amigos fuera de su pueblo, en aquellos tiempos en que una legua suponía gran distancia y los burgos se guardaban tras de puentes levadizos y rastrillos. Si a esto añadimos otras muchas causas, como las que se llaman históricas y que no pasan de ser «guerrilleriles», trallazos sin fin y sin fundamento entre poderosos, «paqueos» del señor de... contra el de... por «un quitame allá...», desorbitado sentido de HONRA que los vasallos—vascos sumisos, vascos cristianos—, acataban como evangelio y dogma, la casi carencia de escritos en nuestro idioma que hubiera podido poner en contacto a unos con otros y que es, quizá, la causa más importante, etc., etc., han hecho posible que esta situación haya perdurado y que aún hoy quede entre nosotros bastante de ese aislacionismo localista.

Volviendo ahora al principio, quisiera invitar al lector de aquí, a que observe con cuidado lo que dicen los escritores de aquí, y también a como lo dicen. Si en ello ven lo que yo, advertirán que en sus temas tratan habitualmente del conjunto más que del «txoko» y que en sus consideraciones a favor o en contra de algo, tienen más en cuenta el interés general que el del «clan», aunque éste sea el suyo. Solamente la lectura de OARSO puede ser suficiente prueba de esto. En realidad, ha sido esta lectura la que me ha dado pie para estas cuartillas, pues me ha hecho sentir la necesidad de destacar la postura de estos hombres de buena intención y grandes preocupaciones, que se están «rompiendo los cuernos» por hacernos ver a todos lo que somos o, mejor dicho, lo que debemos ser: guipuzcoanos.

Decir sus nombres, ¿para qué? Cada uno podemos hacer nuestro propio «rol» según la prensa, radio y conferencias de nuestra preferencia. En euskera o en castellano, que para el caso tanto vale. Lo que importa es que gracias a ellos, nuestra mentalidad colectiva está ascendiendo una «malla» mucho más alta y de más amplia visión que aquella en la que le encerraba su ancestral localismo.

Decía al principio, y me repito, que este impulso hacia la integración guipuzcoana lo percibí hace años, y ahora tengo que añadir que quien me lo transmitió fue José de

Arteche, desde las páginas de su «Caminando» donde venía envuelto. Hay que decir también que la ocasión no podía ser mejor. Brindarle aquellas sensaciones a un montañero de 20 años, al que se le ponían «los ojos como platos» en cada cumbre, en una noche en que estaba solo con su perro en Aralar, en aquellos años en que era casi una aventura cruzar la sierra, era ponérselas como a Felipe II.

Pero creo que aún sin tanto escenario, «Caminando» y «Mi Guipúzcoa» hicieron su mella en muchos. Algunos sólo lo recibieron, pero a otros no les bastó esto y continuaron trillando sobre la misma era y... caminando. Creo que podría hablarse de una generación de guipuzcoanos «consagrados», que hablan y escriben del encanto y la placidez de los recorridos por montes, por sus montes. Son, entiendo yo, los de la escuela de Arteche, los que ya podemos llamar de la vieja escuela. Porque el guipuzcoanismo no se ha quedado en eso. Tal como yo lo veo, se trata de un movimiento que cada vez va afectando a zonas más amplias y dispares. Ya no se contenta con los goces puros de la contemplación y hoy aflora en todos los terrenos. En esta evolución hacia otras metas, se ha hecho más dinámico y más práctico, al compás de los tiempos que corren y sin dejar escapar el tren de las modernas tendencias.

Hace apenas unos días, un grupo de amigos reunidos en torno a una mesa bien servida—característica muy guipuzcoana también ésta—, oíamos cómo uno hacía esta sencilla cuenta: veinte duros por diez mil guipuzcoanos, un millón; justo lo que haría falta para salvar Sasiola, porque Sasiola es nuestro y debemos salvarlo nosotros, decía él, que no es de Mendaro ni de Astigarribia, sino de las orillas de un río bastante alejado del Deva. Al poco, escasos días después, alguien me llamó para preguntarme: «¿Estarías dispuesto a firmar en un documento que pida razonadamente a la Diputación la suspensión de las obras en la carretera que construye en Aralar, y que en beneficio de pocos nos va a «jorobar» a todos una de las escasas salidas que nos quedan?» Y éste, el que me preguntaba, vive a la orilla del mar. Y el otro, que si bien ha ido a buscarse el problema en casa, pues él es de Oñate, no es esta la razón que le mueve a impedir que se haga la carretera desde Aránzazu a Urbía, abogando por la solución de un teleférico que no mancillase las praderas. Conozco también al preocupado por la guarda de nuestros vestigios prehistóricos, al celoso recolector de melodías antiguas, a los de los estudios sobre romanización y a otros y otros. Empeños propios particulares, bajo formas diversas, pero con un común e idéntico fondo de preocupación.

Resulta patente la diferencia entre el guipuzcoanismo de los parientes mayores y el de los estudiosos de hoy. Quizá resultaría de un análisis, que este de hoy viene a ser un retoño del de ayer, pero por mi parte prefiero al vástago sobre su antecesor y ahora sí me gusta ser guipuzcoano. Porque lo soy y porque me siento tal y en línea con los de hoy. Con los que atendiendo el clarinazo que supuso «MI GUIPUZCOA», y que cubrió toda una época presentando una tierra bucólica y plácida, como hecha sólo para ser contemplada con visión ensoñadora desde sus montes, sin olvidarse de estas bellezas, propias siempre para ser disfrutadas casi en soledad, han evolucionado en busca de la *guipuzcoanización* masiva, en busca de la elevación que haga comprender al hombre de esta tierra, que es tarea de todos juntos la de salvaguardar y a la vez seguir aupando a esta «GUIPUZCOA, NUESTRA CIUDAD» de hoy, según reza el acertado «slogan» del que Busca, el gran artista del «cashueleo» y de la pluma, se atribuye la paternidad.